



Guerras de fin de siglo

DIAMELA ELTIT⁸⁴

El 10 de julio de 1883 el enfrentamiento entre los ejércitos peruanos y chilenos en Huamachuco marcó, según muchos historiadores, el fin de la guerra del Pacífico. Allí en Huamachuco se materializó una sangrienta batalla que diezmó de manera radical al ejército peruano ocasionándole alrededor de mil bajas. La Guerra de Pacífico es un acontecimiento en torno al cual estallan las épicas y resplandece el discurso militar heroico que tanto enardece los nacionalismos. Pero en la trastienda histórica permanece el remanente macabro de la muerte masiva, el pillaje, los abusos, múltiples destrucciones y una importante pérdida territorial para el Perú que precipitó un rencor fronterizo crónico y palpitante.

La ciudad de Santiago, como otras, como todas, organizada desde el nombre de sus calles, recoge este hito y nombra a una de sus avenidas 10 de julio Huamachuco. Una avenida enclavada en la comuna de Santiago y que opera como un extenso y hasta pintoresco bazar en donde se exhiben incontables repuestos de automóviles. Pero en su no tan secreta contracara se anida una suerte de feria impura que recicla el pequeño saqueo y, en algunos casos, el franco desmantelamiento de automóviles convertidos en meros repuestos que podrían, virtualmente, volver a comercializarse una y otra vez de manera cíclica.

La antigua infantería y la artillería enclavadas en los andes peruanos reaparece, después de más de un siglo, en una calle completamente latinoamericana, a medio camino entre la modernidad y lo posmoderno unidos por el metal ya no de los antiguos armamentos sino de la sobrepoblada industria automotriz. La calle y su historia, la historia de la calle, los sentidos encadenados en los nombres, el ritual simulado del olvido. Nona Fernández retoma el nombre (y

84 Diamela Eltit es una de las escritoras chilenas más reconocida por sus obras neovanguardistas durante la dictadura y postdictadura. Autora de las novelas *Lumpérica* (1983), *Por la patria* (1984), *El cuarto mundo* (1989), *Vaca sagrada* (1991), *Los vigilantes* (1994), *Los trabajadores de la muerte* (1998), *Mano de obra* (2002) y *Jamás, el fuego, nunca* (2007). En la actualidad es profesora titular en la Universidad Metropolitana en Santiago de Chile y Global Professor en New York University en Estados Unidos. Contacto: deltit@vtr.net



quizás el sitio) de la violencia de la antigua batalla para titular su novela que, a su vez, transcurre parcialmente en la actualidad de calle 10 de julio. Desde allí construye por fragmentos una historia de épicas y de muerte, de metales y de repuestos, de pérdidas y olvidos.

La película *Crash* hizo del metal su tema. La estetización del accidente y el poderío del metal ordenaron un film singular que ingresó raudamente a las producciones consideradas de culto. La audacia de David Cronenberg mostró no sólo la violencia del accidente automovilístico sino también la pulsión de muerte alojada en el siquismo humano, esa pulsión que puede yacer encubierta aún en la mera representación de la muerte. La obsesión metálica por los fierros retorcidos y la materia sangrienta estilando desde la tela de los asientos mostraron, de manera indesmentible, tanto la pasión voyerista como el impulso irrefrenable por arruinar las carreteras.

Mientras leía *10 de Julio* Huamachuco recordé más de una vez el film *Crash* en esas asociaciones no lineales sino más bien estéticas. Imágenes y conexiones, hasta cierto punto, fortuitas que se filtraban en un contexto diferente pero, en algún punto, simétrico. Era la presencia del metal, era también la representación del accidente, eran los cuerpos huérfanos de cualquier signo que no fuera la vocación abiertamente mortuoria. Por otra parte en los desplazamientos que adquieren las lecturas, los signos relacionados que producen, pensé sostenidamente en la noción de “entre”: estar en un límite, ni aquí ni allá, ni vivo ni muerto. Pensé en el espejo, la mirada, la madre, la muerte en el espejo, la imagen invertida que yace en el espejo. El doble, el doblaje, el dobléz.

Más allá o más acá de una trama, la experiencia estética que provoca la lectura de un texto literario, a mi juicio, está inscrita en sus resonancias, en la estela de evocaciones y de memorias, en el fragmento poderoso de una imagen. Lo que quiero señalar es que la lectura como descubrimiento –en el amplio sentido que adquiere esta palabra– no está referida necesariamente a la capacidad de memorizar una obra como tarea escolar. De hecho novelas fundamentales para mí, se articulan en su periferia, en sus ecos, en la manera irónica, neutra o dolorosa en que se cursan sus materiales, en el acto de olvidar parte importante de su trama y la paradoja de recordar vívidamente la experiencia de una lectura inolvidable. Los personajes de *10 de Julio* Huamachuco están encerrados (qui-



zás en ellos mismos, en el interior de sus propios cuerpos) porque sus historias vitales se clausuran o autoclausuran de manera violenta. Juan y Greta actúan como ejes, tal como las manillas de un reloj que marcan lo que marcan: esas horas cíclicas y críticas en las que se cursa la desdicha acumulada en el tiempo.

Juan y Greta son las caras proyectadas en el espejo, las caras femenina y masculina en las que se ordena la tragedia que la novela va tejiendo. Juan transita la imposibilidad que caracteriza al amor romántico y experimenta el sopor de una existencia carente de pasiones, o el impacto de un mundo que no termina de entender o de querer. Juan y Greta, ambos, de distintas maneras divagan prisioneros en tramos específicos de sus comunes y distintas historias. Detenidos en un momento excepcional. Me refiero a ese acontecimiento irrepetible que nos apresa e interrumpe el flujo impetuoso de la vida. Un momento, uno, que vuelve y revuelve para enfatizar que la existencia, en el sentido más ingenuo o bien optimista del término, ha terminado por despeñarse y fracasar.

Juan, el hombre, se anuda al doble signo del amor y de la épica, Greta, la mujer, se entrega maternal a la muerte de la hija, de su doble, de sí misma, de la Greta chica, que la empuja a rehacer y reconstruir otras muertes inmersas en zonas de violenta destrucción. Mueren niños, adolescentes, matan niñas. Los informes se suceden. Mueren y mueren sin tregua, fría, descriptivamente. Greta busca con prolijidad las huellas de esas muertes en los metales. Recorre el campo de batalla -10 de julio Huamachuco- capturando piezas únicas también excepcionales que han formado parte de las tragedias para reconstruir la muerte de su hija que es la suya, lo que más adelante va a ser su caída y su ausencia.

Juan memoriza absorto y repetido su momento “revolucionario” o quizás habría que decir la revolución de su adolescencia. Atrapado, prendado de sí, de su imagen, de su gesto y de su gesta, no puede salir de los ochenta para enfrentar su vida adulta. Allí exactamente, en el movimiento estudiantil, termina su historia o su inscripción en la historia. Abandona. Se abandona. Se encierra en su muerte y encierra a la Greta chica, la suya, la de ella.

Cuando Juan sale de su escena, el escenario abandonado lo ocupa Greta, ella cuida el espacio como guardián y testigo de una ausencia. Y es en esa situación, cuando ya se ha producido una forma intangible de reencuentro, es que la



novela rompe toda referencia –digamos- realista para organizar un nuevo sitio rulfiano de muertes activas reunidas en las fosas comunes de sus voces. Llegan todos los muertos y las muertes. Comparecen a la manera de una sinfonía para mostrar lo que podría ser considerada como la última organización, el postrero intento de Juan por ejercer un liderazgo y parapetarse en la épica, esta vez la de la muerte.

10 de Julio Huamachuco escribe el efecto de los signos de una época en ciertos cuerpos. Desde las postrimerías de la dictadura militar -1985- se traza el horizonte social y síquico de la posdictadura chilena donde esos mismos ciertos cuerpos no pueden o no quieren habitar las condiciones que les ofrece su presente. Un presente quizás cargado de incesantes obligaciones movedizas pero que en su trastienda mantiene la violencia en la condición metálica que provoca la herida y la muerte inevitables. Se trata especialmente de una novela que recorre las síquis fracturadas por una fuerte colisión vital imposible de resolver. Nona Fernández con *El Cielo, Mapocho* y 10 de Julio Huamachuco va construyendo su estética que ha sido mayoritariamente celebrada y -cómo no- en parte combatida como ocurre con las obras portadoras de una propuesta dotada de sentido. Pero, sus libros singulares están allí ocupando la biblioteca del porvenir, *El Cielo, Mapocho, 10 de Julio Huamachuco* escritos en el registro más literario de la pasión y de la lucidez.

Julio, 2008